

El futuro del libro ya llegó

Guillermo Vega Zaragoza

La mutación de la lectura, a través de los nuevos dispositivos electrónicos, es el tema central de este ensayo del poeta Guillermo Vega Zaragoza. ¿Qué efectos tendrá esta transformación en nuestra percepción del fenómeno mismo de la escritura? El e-book puede ser visto más como una oportunidad que como una amenaza para la promoción de la literatura.

En su más reciente libro *La civilización del espectáculo* (Alfaguara, 2012), Mario Vargas Llosa manifiesta su angustia sobre el advenimiento del libro electrónico. Reconoce que “no es imposible avizorar una época en que los lectores de libros de pantalla sean la gran mayoría y los de papel queden reducidos a ínfimas minorías o incluso desaparezcan”. Sin embargo, por una parte, lamenta que esto tenga como consecuencia que los lectores de las nuevas generaciones difícilmente estén “en condiciones de apreciar todo lo que valen y significaron unas obras exigentes de pensamiento o creación pues les parecerán tan remotas y excéntricas como lo son para nosotros las disputas escolásticas medievales sobre los ángeles o los tratados de alquimistas sobre la piedra filosofal”. Y por otra, aunque reconoce que no tiene forma de demostrarlo, sospecha que “cuando los escritores escriban literatura virtual no escribirán de la misma manera que han venido haciéndolo hasta ahora en pos de la materialización de sus escritos en ese objeto concreto, táctil y durable que es (o nos parece ser) el libro”.

El laureado escritor no cree que el cambio del libro de papel al libro electrónico sea inocuo, un simple cambio de “envoltorio”, sino también de contenido: “Algo de la inmaterialidad del libro electrónico se contagiará a su contenido, como le ocurre a esa literatura desma-

ñada, sin orden ni sintaxis, hecha de apócope y jerga a veces indescifrable, que domina en el mundo de los *blogs*, el Twitter, el Facebook y demás sistemas de comunicación a través de la Red, como si sus autores, al usar para expresarse ese simulacro que es el orden digital, se sintieran liberados de toda exigencia formal y autorizados a atropellar la gramática, la sindéresis y los principios más elementales de la corrección lingüística”.

El Premio Nobel de Literatura 2010 señala que para muchos lectores, leer “significa también, y acaso sobre todo, gozar, paladear aquella belleza que, al igual que los sonidos de una hermosa sinfonía, los colores de un cuadro insólito o las ideas de una aguda argumentación, despiden las palabras unidas a su soporte material. Para este tipo de lectores leer es al mismo tiempo que una operación intelectual un ejercicio físico, algo que añade al acto de leer un componente sensual y sentimental infalible. El tacto y la inmanencia de los libros son, para el *amateur*, variaciones del erotismo del cuerpo trabajado y manoseado, una manera de amar”. Y remata: “Me cuesta trabajo imaginar que las tabletas electrónicas, idénticas, anodinas, intercambiables, funcionales a más no poder puedan despertar ese placer táctil preñado de sensualidad que despiertan los libros de papel en ciertos lectores”.

Me he dilatado en citar amplia y textualmente al autor de *Conversación en La Catedral* porque resume muy bien la posición de muchos escritores, intelectuales y simples lectores en relación con el libro electrónico, una posición plagada de intuiciones, generalizaciones, prejuicios e inexactitudes.

En primer lugar, se tiende a confundir el término “libro electrónico” o “e-book”, que es la versión digital en que se presenta una obra escrita, con el del aparato que sirve para leer dichas obras en formato digital. El libro electrónico puede ser leído en una computadora de escritorio o portátil, en una tableta (que es el formato más reciente de computadora portátil, como el iPad de Apple), incluso en un teléfono inteligente (que es una computadora aún más pequeña), pero, sobre todo, el libro electrónico se puede leer en un aparato diseñado exclusivamente para la lectura: un lector de libros electrónicos, como el Kindle de Amazon. La gran diferencia entre leer en una computadora normal y en un lector de libros electrónicos es que éste tiene una pantalla opaca y los caracteres e imágenes que proyecta se forman por lo que se ha dado en llamar “tinta electrónica”. Este mecanismo facilita muchísimo la lectura, ya que la vista se cansa menos al no estar expuesta a la fuente lumínica de la pantalla de las computadoras comunes.

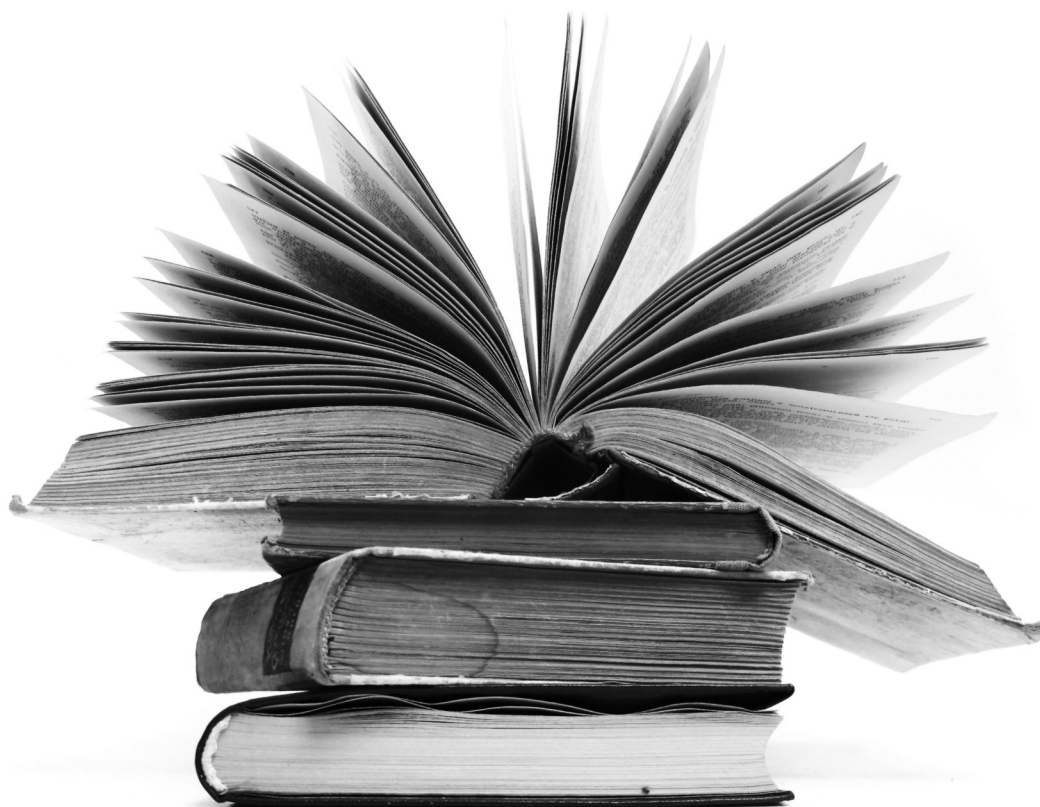
Por otro lado, se tiende a llamar “libro electrónico” a cualquier obra trasladada a un formato digital mediante cualquier programa informático, lo cual es inexacto. No puede ser considerado como libro electrónico una

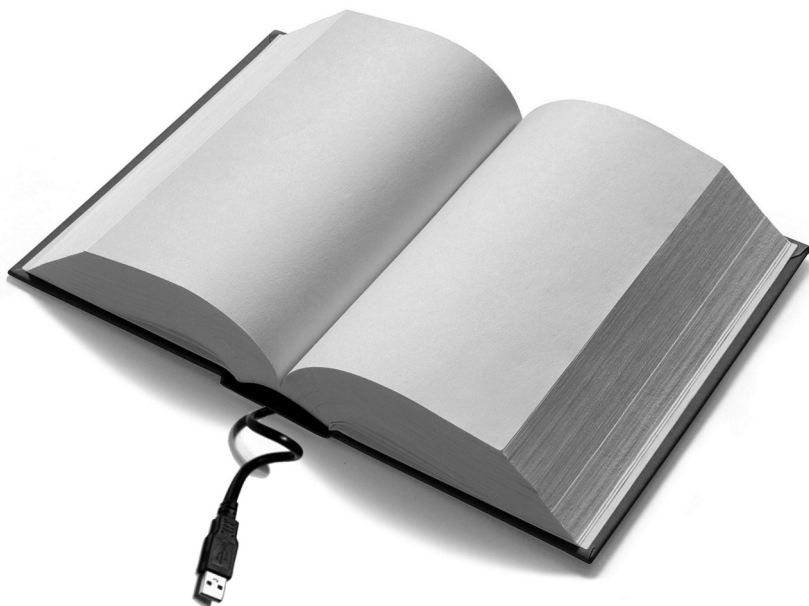
obra presentada en, digamos, un procesador de texto, como Word, que es uno de los más comunes. Ni siquiera si es presentado en forma de un simple PDF (*portable document format*, formato de documento portátil) de Adobe. Para que una obra califique como libro electrónico tiene que presentar ciertas funcionalidades que un documento simple en formato Word no tiene. Para ello existen diferentes programas que permiten presentar los libros electrónicos en diferentes aditamentos; es decir, para ser leídos en computadoras de escritorio, portátiles, tabletas, teléfonos inteligentes y, desde luego, lectores de libros electrónicos.

En la actualidad, el principal reto es trasladar todo el gran acervo ya existente de libros en papel a formato digital. Existen, afortunadamente, múltiples iniciativas para lograr este objetivo, como el Proyecto Gutenberg, que desde 1971 ha digitalizado y ofrece gratis millones de obras en casi todos los idiomas. O Google Books, que ha establecido convenios con editoriales de todo el mundo para ofrecer a los usuarios el servicio de consulta de libros que después pueden ser adquiridos en formato de papel o digital, en caso de que ya se encuentre disponible.

Como negocio, el libro electrónico está teniendo un crecimiento explosivo. En Estados Unidos y Europa, 15 por ciento de las ventas de las editoriales ya se deben a los libros electrónicos y se prevé que continúen aumentando en tanto el mercado de las tabletas y los lectores de libros electrónicos se siga expandiendo.

Desde luego, el libro electrónico en su estado actual plantea ventajas y desventajas. Pero lo cierto es que su





proliferación resulta inevitable. En el caso de España, México y el resto de Hispanoamérica, el fenómeno del libro electrónico se enfrenta a las limitaciones propias de la precaria situación económica, social y cultural de la mayoría de la población en estas sociedades: el acceso a las computadoras e Internet sigue estando limitado a las personas de mayores recursos, ínfimos hábitos de lectura por habitante, deficientes sistemas de educación básica, etcétera; todo lo cual ha tenido consecuencias directas en la industria editorial: tirajes mínimos, ventas cada vez más bajas, cierre de librerías...

Sin embargo, a pesar de este panorama desolador, las instituciones educativas no pueden permanecer impasibles. Contra todo lo que se pueda decir en contra de ella, la Internet y la digitalización de los libros presenta una oportunidad única para democratizar la cultura y ampliar los alcances y beneficios de la educación. Por ello es loable el esfuerzo que está realizando, por ejemplo, la Universidad Nacional Autónoma de México para dar acceso a los estudiantes y al público en general a los acervos digitales de sus múltiples publicaciones, tanto periódicas como en forma de libro. A ello responde la iniciativa del portal *Toda la UNAM en línea* (<http://www.unamenlinea.unam.mx>), donde se pueden encontrar todas las publicaciones científicas y de divulgación, revistas académicas, reportes de investigaciones, libros, etcétera, que se realizan en nuestra Universidad. Por otro lado, la Hemeroteca Nacional, que resguarda la UNAM, ha emprendido la digitalización de su acervo, poniendo a disposición del público más de nueve millones doscientas mil imágenes digitalizadas de documentos históricos, periódicos y revistas, desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Hace poco también se anunció que todos los libros que la UNAM publique próximamente tendrán versiones en formato electrónico y que serán vendidos a precios accesibles.

En una hermosa obra titulada *Nadie acabará con los libros* (Lumen, 2010), Umberto Eco y Jean-Claude Carrère dialogan acerca del futuro del libro, lo que ha significado para la cultura y lo que podría significar su desaparición. Allí queda muy claro que el libro de papel no desaparecerá sino que convivirá con otros soportes, entre ellos, el llamado libro electrónico. Destacan que lo importante del libro es el formato y no necesariamente el soporte. Es decir, lo valioso del libro es la forma que inventó el ser humano para organizar las letras sobre el marco de la página, sin importar si es en una hoja de papel o en una pantalla electrónica. Es decir, el hallazgo de la lectura secuencial.

LA LITERATURA, REACIA AL CAMBIO

La literatura es una de las artes más conservadoras y reacias a la incorporación de elementos exógenos. Es comprensible: el arte de la palabra escrita es uno de los elementos más poderosos y a la vez más frágiles de la cultura y la civilización, por lo que es necesario protegerla y preservarla de la “contaminación” y de las acometidas de “los bárbaros” —como los denominó Alessandro Baricco en su libro de 2008—, de aquellos que quieren hacerla “cohabitar” con otras artes para expandir sus horizontes. Y, sobre todo hoy en día, mantenerla a salvo de los embates de las nuevas tecnologías.

Hace un par de años, asistí a un taller de crítica de arte que impartía el joven filósofo y curador de arte Javier Toscano. La gran mayoría de los participantes eran artistas plásticos y egresados de la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Todos ellos estaban familiarizados con el arte contemporáneo. Sólo tres personas proveníamos del ámbito literario. Ahí me di cuenta de lo atrasados que estábamos los escritores en cuanto a nuestra concepción acerca del arte en general. Seguíamos con una visión rígida que se forjó hace más de dos mil quinientos años, en la Grecia clásica, y que lamentablemente domina en la gran mayoría de la población, debido a la deficiente educación artística que se imparte en las escuelas. Me dio mucho trabajo entender que el arte actual no tiene por qué siempre explicarse por sí mismo, que plantea sus propias reglas y límites, que todo es válido en los propios términos de la obra de arte y que lo predominante hoy es la total promiscuidad e influencia de artes, géneros, escuelas y épocas, siempre con el objetivo de explorar y crear algo nuevo, de expandir la capacidad expresiva del ser humano a través del arte.

¿Pero mientras tanto qué ha sucedido con la literatura? Muchos poetas siguen fascinados con lo que Stéphane Mallarmé hizo en ¡1897! con *Un coup de dés jamais n'abolira le hasard* (*Un golpe de dados nunca abolirá el*

azar), donde jugó con el espacio en blanco y la ubicación cuidadosa de las palabras en la página, permitiendo múltiples lecturas no lineales del texto y anticipó lo que en la actualidad conocemos como “hipertexto”. O con lo que hizo años después Guillaume Apollinaire en sus *Caligramas*, formando figuras con las letras y que prefiguró lo que más adelante será la llamada “poesía visual”. Todo ello en el limitado espacio de la página del libro. Y desde entonces ha sucedido muy poco en términos de innovación formal de la literatura (después de Joyce casi nada), mientras que en las artes visuales la pintura se salió del cuadro y se mezcló con la escultura, la fotografía, la arquitectura, la música, el cine, el video, el teatro y la poesía, creando el arte conceptual, la instalación y el *performance*.

En un artículo titulado “How novels came to terms with the Internet” (“Cómo las novelas llegaron a un acuerdo con la Internet”) aparecido en *The Guardian* en enero de 2011, Laura Miller destaca que los escritores actuales le han dado la vuelta a incluir en sus historias lo relacionado con la Internet por considerar que lo extremadamente actual del tema atenta contra uno de los objetivos principales de la literatura: la búsqueda de “lo Eterno”. Por ello, muchos autores se refugian en épocas pasadas, en la novela histórica, incluso unas cuantas décadas atrás, para no tener que lidiar con la acuosa “actualidad”.

Y eso sólo se refiere a la temática. En cuanto a la forma, la gran mayoría de los escritores son más que reacios a entrarle a las nuevas formas de publicación, ya no digamos a la edición electrónica sino al *blog*, más recien-

temente, a las redes sociales, como Twitter o Facebook, por considerarlos “una pérdida de tiempo”, “refugio de aspirantes a escritor” o “pasatiempo de escolapios”. Para muchos escritores —sobre todo aquéllos de edad avanzada y algunos jóvenes con alma vieja y pomposa—, el único campo en el que se puede medir lo que es un “verdadero escritor” es el del libro de papel publicado por una “gran” editorial.

Paradójicamente, el formato mismo del libro es el que parece haber limitado la posibilidad de experimentación y ampliación expresiva de la palabra escrita. Hace ya casi cincuenta años, con *Rayuela*, Julio Cortázar se atrevió a romper con la linealidad de la lectura, planteando una primitiva “novela interactiva”. No me cabe ninguna duda de que, si viviera hoy, Cortázar sería un entusiasta de la Internet y las redes sociales. De hecho, él fue un incipiente bloguero; por ejemplo, en 1983, con *Los autonautas de la cosmopista*, creado al alimón con su esposa, la fotógrafa Carol Dunlop, donde combina la inmediatez y la espontaneidad del texto y la imagen. De haber existido la tecnología actual hace treinta años, hubiera subido a la red de inmediato lo que escribía en lugar de esperar a que apareciera en forma de volumen.

Fiel heredero de Macedonio Fernández, Cortázar buscaba ampliar el restringido ámbito de sucesión de letras sobre el papel. Obras como *Vuelta al día en ochenta mundos* y *Último round* buscaban lograr en libro lo que ahora es posible con los *blogs*: incorporar y combinar en un solo lugar diferentes formas de discurso literario: cuentos, noticias, poemas, ensayos, reflexiones, aforismos, etcétera, pero ahora también con imagen y sonido.



Por todo ello resulta explicable que, mientras las artes visuales avanzan y exploran campos cada vez más insospechados, la literatura parezca estancada y cada año se discuta interminablemente sobre “el fin de la novela” o “el fin de la poesía” o el fin de lo que sea, cuando la realidad es que las nuevas tecnologías, la convergencia de imagen, sonidos y textos en una sola plataforma y un solo soporte, abren posibilidades insospechadas al replanteamiento de los paradigmas de lo narrativo, lo poético y lo textual en general. Las posibilidades están abiertas, pero por lo menos en nuestro entorno inmediato, el de las letras mexicanas e hispanoamericanas, muy pocos exploran estas nuevas herramientas, tratando de experimentar y arriesgarse tanto formal como temáticamente.

Lo innegable es que hoy, como nunca antes, se ha escrito tanto. Nunca antes como hoy las personas han escrito más poesía, narrativa, ensayo, cartas o lo que sea, a tal grado que lo difícil ahora es entresacar lo bueno de la basura y, más aún, discernir entre lo bueno y lo extremadamente bueno. Como señaló Eco en el libro antes mencionado, la Internet nos ha acercado más que nunca a Gutenberg, a la palabra escrita, pero también nos está alejando de ella y nos está llevando por derroteros inimaginables que algunos apenas se están atreviendo a sondear.

EL FETICHISMO DEL PAPEL

Otro tanto acontece por el lado de los lectores. En *Enfermos del libro. Breviario personal de bibliopatías propias y ajenas* (Universidad de Sevilla, 2009), el diplomático y bibliófilo Miguel Albero ofrece un exhaustivo y ameno compendio de todas las patologías relacionadas con ese artefacto compuesto de caracteres e imágenes impresas en hojas de papel, unidos entre sí en una de sus orillas y aprisionados por unas tapas de algún material un poco más grueso y resistente. La primera de ellas es, desde luego, la bibliofilia: el amor desaforado por los libros. Es decir, no por la lectura en sí, sino por el libro como objeto. Los bibliófilos coleccionan libros, los almacenan en inmensas bibliotecas, persiguen en forma enfermiza incunables, ejemplares raros o primeras ediciones. Son personas que gozan —a veces con un fervor casi erótico— con el contacto de las hojas, el empastado, incluso con el olor característico de los libros viejos o nuevos, no importa. Ah: y además afirman que el libro de papel nunca va a desaparecer, que no hay mejor instrumento para transmitir el conocimiento, que ha durado siglos, que no se necesita energía adicional para hacerlo funcionar, que se puede leer en la alberca, etcétera.

Lo que pierden de vista los fetichistas del papel es que lo importante del libro como invención, como artefacto tecnológico, no es el soporte en sí, sino el formato:

ese rectángulo en donde se acomodan las letras en cada página y la posibilidad de leerlas en sucesión o en desorden, como uno quiera. Ésa es la fortaleza del libro como idea, como concepto. Eso es lo que va a tardar mucho en desaparecer, hasta que la humanidad invente algo mejor para transmitir el conocimiento de persona a persona y de generación en generación.

Lo del soporte es lo de menos, porque la tecnología digital permite el almacenamiento y la distribución de libros electrónicos tan amplia y rápida como nunca antes. Así lo ha destacado Jeff Bezos, el creador y dueño de Amazon, la librería más grande del mundo, cuando lanzó el Kindle, su propio dispositivo para libros electrónicos. Su objetivo (que seguramente logrará en algunos años más) es que Amazon pueda ofrecer cualquier libro impreso, en cualquier lenguaje, de cualquier época, disponible para descarga en sesenta segundos.

En efecto, el libro de papel no desaparecerá sino que se convertirá en un asunto de excéntricos y extravagantes, como los cazadores de mariposas, que a nadie molestan y hasta enternecedores resultan. El libro de papel dejará de ser el medio principal para la transmisión de conocimiento y la lectura; dimitirá en favor de los libros en soporte electrónico, que, es cierto, presentan en este momento tanto ventajas (entre las más importantes: la reducción de costos y precios, y la posibilidad de disponer inmediatamente de cualquier libro con unos cuantos clics) como desventajas (las cuestiones de formatos, programas, acceso a dispositivos de lectura, etcétera), pero sólo se requiere tiempo para que se resuelvan estas últimas y pasen a convertirse en el estándar para la edición de libros.

Es comprensible que los bibliófilos se sientan amenazados por la proliferación de la tecnología digital. Eso mismo debieron haber sentido los monjes copistas de la Edad Media con la aparición de la imprenta: “¿Ahora qué haremos?”. Simple: adaptarse. Los bibliófilos tendrán que comprar su lector de libros electrónicos y leerlos ahí. Si quieren el libro en papel tendrán que pagar un poco más por él.

De lo que no se puede tener duda y mucho menos estar en contra de ello es la gran difusión de la cultura que se está logrando a través de las tecnologías digitales. No importa el formato: lo que importa es leer. Y que lo haga la mayor cantidad de personas. Como señaló acertadamente Carlos Fuentes en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, el pasado primero de mayo de 2012: “Estamos ante una nueva edad, aún sin nombre pero con continuidad de cultura; hay nueva música, nuevos medios, nuevos libros, pero la imaginación y la memoria se siguen casando. Espacios como Facebook o Twitter que eran impensables hasta hace poco, enriquecen la cultura. Quienes los rechazan lo hacen porque no aceptan el cambio”. **u**